

Se llevan a Chopin

Una de las tumbas más célebres del Père-Lachaise es la de Federico Francisco Chopin, el cisne melancólico del romanticismo. Detrás de una alta verja, el túmulo de mármol. Sobre el túmulo, las lágrimas verdes de un pequeño sauce parecido al de Musset. Y una leyenda:

*"La voluntad del Señor
arregla nuestros destinos".*

Tumba amada la de Chopin. Es raro cruzar frente a ella sin ver cinco, ocho, diez ramos de violetas sobre el mármol. Amor anónimo, como el que anima la tumba de Margarita Gautier en el cementerio de Montmartre, como el que anima la tumba de Baudelaire en el cementerio de Montparnasse. Pero ya no veremos más esa tumba, que va a desaparecer.

La noticia ha conmovido un poco a París. Generaciones enteras de parisienses han desfilado delante de ella, han soñado un momento, se han ido con el alma "tocada" por una mezcla de recuerdos de cosas jamás conocidas y melodías ardientes y hondas. Pero, ¿es que van a privar a París de esa tumba que es suya, que forma parte principalísima de su cielo romántico, que es una de las más valiosas, de las más simbólicas, de las más amadas del Père-Lachaise?

Hélas! sí. Los poloneses, sus compatriotas, lo reclaman. El cisne del romanticismo musical francés irá a reposar definitivamente en el patio de su casa natal, en Zelowa-Wola, cerca de Varsovia. Un comité existe ya: "Comité para repatriar los restos de Chopin". El gobierno francés ha dado ya la autorización del traslado. En los Estados Unidos y en Europa misma se organizan conciertos—Paderewsky y Egon Petri a la cabeza—para recoger los fondos necesarios. Y en la casa natal de Chopin, en Zelowa-Wola, se preparan ceremonias recepcionales: el techo fué reparado, las paredes decoradas de nuevo, arreglado el jardín que la rodea, se ha acumulado en sus piezas los libros, los retratos, los tinteros, las reliquias personales para formar con todo ello un pequeño museo. Hay en todos esos preparativos, ¿no es cierto?, un amor piadoso no exento de orgullo nacional. Los poloneses, nada más justo!, aman y honran a quien los honra. El traslado se efectuará pronto, no cabe duda, pues nada se opone oficialmente a ello. Sólo que...

Sólo que, comprended bien, habrá en ello, al mismo tiempo que una reparación para el pueblo polonés, una injusticia para el pueblo de Francia. Pocas veces, en efecto, un hombre ha sido tan radicalmente francés en su obra y en su vida como lo fué Chopin. La madre del artista era polonesa, pero el padre fué francés. Francia, además, fué su corazón y su obra entera. Delicada, suave como una violeta de esas que los parisienses ponen en su tumba, el alma de Chopin tenía todas las características de Musset, toda la poesía de la poesía francesa de su época. Soñador hasta hermanar-

se con Chateaubriand, grácil hasta confundirse con las imágenes de sus propias composiciones, este poeta del pentagrama encontró en París la consagración definitiva y el amor, el amor sobre todo. Sus mazurkas, sus polonesas, sus valsos, sus nocturnos, sus baladas, sus scherzos, sus preludios, están empapados de amor francés, de intelectualismo francés, de sentimentalismo francés. Uno se pregunta si Chopin hubiera llegado a lo patético emotivo a que llegó sin la tragedia amorosa de George Sand, sin su dramático viaje a Venecia, sin su lamentable viaje a las islas Baleares, sin todos los otros viajes que hicieron juntos, empapados en exaltaciones amorosas y en desilusiones totales.

Chopin murió en París. Todos los turistas sentimentales que vienen a buscar sombras amadas a orillas del Sena se han detenido alguna vez en una de las mansiones señoriales que forman la maravillosa plaza Vendome, precisamente en el número 12, en donde sufrió el artista sus últimas dolencias terrenas, de donde salió su cadáver, una tarde otoñal de 1849, entre el dolor y la piedad de todo un pueblo.

Por todo eso Chopin, si fué polonés, también fué francés, y sobre su cadáver tienen derecho a reclamo los dos pueblos. Por eso también me pregunto si los parisienses van a dejar salir del cementerio Père-Lachaise uno de los despojos mortales más amados y más célebres sin intentar retenerlos, haciendo pesar en la conciencia de Varsovia los derechos sentimentales de París. Los poloneses dicen que Chopin fué profundamente patriota. Nada tan cierto. Pero ¿es que no era profundamente francés, en las raíces de su alma y en las raíces de su genio, al mismo tiempo? ¿No llegó a identificarse, en lo más recóndito de su esencia elegiaca, con la Francia de su tiempo?

Y además, está tan bien su tumba en ese cementerio parisiense que guarda al mismo tiempo los despojos mortales de Oscar Wilde, de Jean Moreas, de José María de Heredia, de Enrique Gómez Carrillo, de Max, de Enrique Heine, de Rossini, de Turgueneff, de Rodembach, de Offembach, de Stuart-Merryl, de Meyerbeer, de Boldini, de Juan Gris, de Modigliani, de César Franck, de María Baskirtcheff, de cien poetas más, de cien pintores, de cien músicos más que dieron su corazón a París y sus despojos al cementerio parisiense por excelencia. Chopin, en medio de todos ellos, es un gran cisne melancólico que boga en las aguas, llenas de reflejos, de un lago espiritual que se llama París. Arrancarle de allí sería una injusticia. Por otra parte, no sabemos lo que él hubiera dicho. Quizás a la hora del testamento supremo Federico Chopin hubiera legado sus despojos al Père-Lachaise y no al rincón, no por amado menos anónimo y perdido que se llama Zelowa-Wola. Si se lo hubieran consultado!...

Eduardo AVILES RAMIREZ.